

*Un país sin dolor*



PABLO PERERA VELAMAZÁN



**E**L niño y yo, después de asistir al entrenamiento, mientras esperamos a que su hermano mayor, que también había entrenado, terminara de ducharse, nos dejamos caer por uno de los pasillos que conducen al hall de entrada del Polideportivo, atraídos por una música melódica y suave, transparente y diáfana, como la de una cadena musical que no quiere importunar, pero que allí, ocupando todo el espacio a medida que te acercabas por el pasillo, te atrapa como un cantofascinante y enigmático. ¿Qué es esa música? Nos preguntamos el primer día que llegó a nosotros mientras estábamos esperando, cansados, con muchas ganas de volver a casa, había hecho bastante frío aquella tarde, en uno de los bancos corridos del hall. Y hacia ella nos levantamos, hipnotizados en parte, como si tras ella se anunciara un reino nuevo.

Después del frío que pasamos fuera, en pleno invierno con la noche encima, el calor intenso del hall, entre calefactores de aire, nos acoge como una madre siempre cálida donde uno puede recostarse, y dejarse dormir un rato, a media tarde por ejemplo, antes de que llegue el momento de entregarse al sueño, que a veces no llega, o se marcha demasiado deprisa, del día concluido. Sobre el regazo de sus piernas siempre calientes. Aunque sus manos huelan a comida y a jabón de fregar. El niño, a menudo, mientras esperamos a su hermano, se duerme, tumbado en el banco corrido, apoyando su cabeza despeinada sobre mis muslos. También. Siempre, entonces, le acaricio el pelo. El pelo, rubio, como si trenzara un laberinto sin término. Y cuando nos adentramos en el pasillo, atraídos sin voluntad por esa música desbordante, observamos más que nunca el contraste entre nuestras zapatillas de deporte, tan usadas, y el brillo del suelo pulido y encerado como un espejo que, sin embargo, no refleja nuestra imagen. A menudo hay mujeres vestidas de blanco que, con grandes mopas, limpian incansables sus pasos por aquellos pasillos casi siempre desiertos. Y hombres, también vestidos de blanco, que, con máquinas silenciosas, que arrastran sus pelos en redondo, pulen una y otra vez el suelo. Cada semana, tal vez.

La música que nos atrapa en aquel límpido pasillo es, sin duda, banal y previsible, lo sabemos al cabo cuando retornamos de nuestro viaje iniciático al hall de entrada para recoger al otro niño recién duchado, con el pelo mojado bajo del gorro de lana de color gris y la sonrisa relajada en la cara caliente. Venga, nos vamos. Que ya es hora. Pero, mientras buscamos el niño y yo de dónde procede,

aquella música, no lo es, es tan intensa que se confunde con los ritmos intrincados de nuestro cuerpo, los bajos y la caja de la batería rebotando entre nuestros órganos como el ritmo más sutil de nuestro corazón. ¿Lo sientes, verdad? Y empezamos a andar más rápido hacia nuestro destino. Al llegar a la puerta desde donde llega, la presencia de la música se ha hecho tan intensa que llega a vibrar en nuestras mandíbulas. Como una anestesia recién inyectada que va durmiendo nuestro maxilar inferior. ¿Verdad? Al abrir la doble puerta, pintada de rojo con una raya blanca en medio, esta desbordante intensidad se diluye, como si solo estuviera esperando una vía de escape. Que nuestra irrupción innecesaria había despejado. Allí dentro, en un inmenso pabellón con el techo cruzado por vigas de hierro desnudas, rodeado de un anillo de gradas no muy numerosas, la música deja de retumbar y se aposenta entre los asientos de plástico, de color rojo y blanco, también, alternativamente, la mayoría de ellos sin ocupar. Una persona aquí y otra allí, un poco más allá, y nosotros recién entrados por la puerta que se cierra a nuestra espalda con los ojos pasmados por lo que allí sucede.

Sin duda, no lo esperábamos. Aquel primer día. Y después, aun ya reconocido, aun sabiendo lo que va a pasar, la sorpresa no se atenúa nunca. Es un pabellón preparado para el patinaje sobre ruedas, con una gran pista blanca en su centro. Allí, a esa hora de la tarde, casi de noche, había al menos un par de decenas de patinadoras que se ejercitaban, sin descanso, al ritmo de aquella música que nos había atrapado. Desde niñas muy pequeñas, de apenas seis años, más o menos, hasta chicas adolescentes a punto de hacerse mujeres. Y allí están, ante nuestras miradas atónitas, flotando sobre sus ruedas, sin chocarse entre sí, esquivándose a veces, sobre sus ruedas en la pista blanca, casi amarillenta, al compás de aquella música que ya habíamos dejado de escuchar. En la música, estábamos allí, a salvo del frío de la noche, mientras esperábamos, sin entorpecer el roce de nuestros órganos.

El niño y yo nos sentamos siempre en una de las esquinas del pabellón, junto a la puerta. Como si quisiéramos no importunar. Como si llegáramos de un mundo ajeno que no debía encontrar allí su lugar. Unos extraños que hacen ostentación de su extrañeza aun a costa suya. En asientos de plástico de color rojo, nuestro preferido, que chirrían mucho al sentarte. No quisimos hacer ruido. Aunque nadie lo podría escuchar, en medio de aquella música que hacía resonar las vigas de hierro del techo, salvo nosotros. Y sin chocarse entre sí, esquivándose a veces, sobre sus ruedas, en la pista blanca, las niñas, vestidas con sus mallas, blancas o negras, recorrían la superficie de un lado a otro, sin forzar

ninguna pirueta, incansables, de un lado a otro, como si todavía no hubieran aprendido del roce donde la inercia del movimiento se va deteniendo hasta que se para finalmente. En ellas no, de un lado a otro, a lo ancho de la pista, a lo largo también. Se desplazaban en un círculo sin fin, pero no iban detrás de nada. Y el niño mira en silencio, como si su mirada formara parte de esa danza sobre ruedas sin fin. Y yo miro, a través de su mirada, formando parte de esa coreografía espontánea. Y el mismísimo aliento de la vida brotando de sus bocas en la forma de breves y tranquilos jadeos. Lo hacen bien, ¿a que sí?

A veces, una niña, interrumpiendo un momento el tiempo de ese circuito infantil, ensaya una pirueta imprecisa, saltando sobre sí misma, o por delante de sí, sin alcanzar a formar ninguna figura. Y hacia ella, entre todas las demás, nuestra mirada se declina, como si algo hubiera fallado, aunque no fuera su intención. Pero no se cae, y sigue rodando por la pista blanca, con su malla color negro, hasta perderse rápidamente entre las demás. Nos vamos a tener que marchar, tu hermano va a salir de la ducha. No quiero que se encuentre solo. Las chicas mayores, adolescentes, algunas casi mujeres, no recorren sobre sus ruedas, con sus mallas blancas o negras, la pista de un lado a otro sin más. Cada uno de sus recorridos, cada vez más acelerados, concluye en la ejecución de una pirueta que pretende afirmarse en una figura bien reconocible. Un salto hacia delante, una vuelta sobre sí misma, un molino, aspeando por la inercia de sus brazos. ¿Has visto? Ellas sí que han aprendido del roce donde se invierte una gran cantidad de movimiento para permanecer en pie sobre las ruedas en la pista amarillenta. Míralas ahí van, esbeltas, y ya tocadas por la distinción de la belleza que asoma, entre las niñas que recorren la pista de un lado a otro sin dirección precisa, ellas, siempre a punto de caerse.

Tras cada salto o pirueta se escucha el golpe de las ruedas sobre la pista cuando aterrizan. Como una voz más en la música que todas comparten, en la que nosotros estamos, sentados sobre aquellos asientos de plástico de color rojo. Siempre a punto de caerse. Y sin embargo tan esbeltas sobre los patines, aproximándose a la belleza, sin que nadie mire, ni se atreva a mirar, sus caras. A veces, se pierden entre las niñas y recorren como ellas la pista del pabellón de un lado a otro sin hacer ninguna pirueta. De un lado a otro. Aunque se les acaba reconociendo, cuando de improviso giran sobre sí mismas, cambian de dirección y aceleran la marcha hasta reencontrarse, o perderse, en la figura de una nueva acrobacia. A punto de caerse siempre. Es que están aprendiendo, hijo, como tú, cuando entrenas. ¿Lo ves?

Nosotros seguimos allí, en nuestro rincón junto a la puerta, mirando hacia la pista, sin apenas cruzar palabra. Entre las niñas y adolescentes se adivina al único personaje masculino de la función. También en patines, ataviado con un chándal de color azul oscuro, con el pelo rapado para ocultar su incipiente calvicie, se mueve entre ellas como un testigo de su circulación incansable. Niega, asiente, patina un poco, sin ritmo, sin tempo, como si para él la música no existiera, niega, asiente, se para en el centro de la pista, las niñas le rozan en su circulación sin parada, las adolescentes fijan su figura después de la pirueta volviendo su mirada hacia él, que niega, y asiente, y vuelve a patinar hacia uno de los extremos de la pista, como si la música no tocara para él. Un testigo, vencido por la gravedad, con un chándal de color azul oscuro, sin el que esa danza rodada sin fin, que nos fascina, al niño y a mí, no tendría ninguna posibilidad. Niega y asiente, una vez más, niega y asiente, atado a sí. Nos tenemos que ir.

Una niña se cae, ha resbalado en el patín de su pierna izquierda. La otra chica, en el despliegue de su pirueta, tiene que esquivarla, haciendo un giro brusco con su cuerpo, antes justo de volverse a posar sobre la pista. El ruido de las ruedas golpeando el suelo de la pista otra vez. Demasiado fuerte esta vez, como si estuviera a punto de suceder algo. La niña se levanta sobre sus ruedas, haciendo para sí un gesto de sorpresa, al que nadie atiende en medio de la pista. El resto pasa en torno a ella rodando como si nada hubiera sucedido. Solo nosotros lo confirmamos, desde nuestros asientos rojos de plástico en la grada junto a la puerta. Papá, se ha caído. Pero nadie nos escucha. Un rostro ahora sí, de niña, entre las patinadoras que solo danzan. En torno a su testigo. Las cejas pobladas y bien marcadas, ojos grandes, nariz afilada, labios pequeños. El pelo apretado y recogido hacia un moño en lo alto de la cabeza. La tez pálida del invierno. Y vuelve a rodar por la pista, sin rumbo preciso, confundándose con las otras niñas. Sentados en nuestros asientos de color rojo, aferrados a sus cantos, como una de aquellas patinadoras que cansada se sostiene en la barandilla de color amarillo, fuimos de repente avasallados y acariciados por el momento exacto de una revelación. Cada una de esas patinadoras tenía también nuestro rostro. Movimos de un lado a otro la cabeza, ambos a la vez, como si quisiéramos deshacernos de nuestros pensamientos, y no quisimos mirar.

Después de levantarnos, un poco apresuradamente, como si tuviéramos de repente prisa, y nos hubiéramos dado cuenta, tras haber pasado allí no más de diez minutos, después de salir de aquel pabellón de patinaje, siempre sentimos, el niño y yo, que nos es más fácil caminar, dar un paso después del otro, mien-

tras volvemos al hall. Y eso que, entre los asientos de plástico, tenemos que medirlos, los pasos, cada paso, saltando de una fila a otra, con atención para no tropezar, como si hubiéramos aprendido a andar recientemente. Nunca queremos llamar la atención. No queremos que nadie se entere de que hemos estado entre ellas. Ten cuidado, no te caigas. Nada sabemos de lo que dejamos allí, acompañado todavía de aquella música banal, entre aquellos cuerpos de niñas que danzan incansablemente sobre patines de ruedas, cuando la puerta pintada de rojo y blanco se cierra, con una inesperada violencia, de muelles apretados, a nuestras espaldas. ¿Te gusta ver cómo las niñas patinan? Porque son unas niñas, y no tan niñas, entrenándose en las destrezas del patinaje, como antes él lo había hecho con la pelota de fútbol. Sí. ¿Y por qué nos gusta? Nos preguntamos. Le pregunto al niño. Porque no se chocan, dice. Patinan juntas, rodando y rodando, cada vez más rápido, como si no se pudieran ver, y no se chocan.

No cabía en nuestra imaginación, desde luego, la posibilidad de que, llegada la hora, las niñas tuvieran que dejar de patinar, de que aquella música callara, de que su entrenamiento concluyera en algún momento. No cabía la posibilidad de que esa hora pudiera llegar. Todavía nos cruzamos en el pasillo con las mujeres de bata blanca que limpian con grandes mopas sus pasos. No se chocan, decimos, esquivando la mopas, caminando rápidamente, sin apenas tocar suelo, como si la fuerza de la gravedad también nos hubiera dado momentáneamente una tregua. Es como sentir el palpito que alimentaría el corazón de un país sin dolor. Donde no tiene cabida el fin. El niño regresa al hall del polideportivo muy contento. Imitando, mientras resbala por el suelo pulido y brillante, los gestos y poses de las patinadoras al rodar sobre sus ruedas, libérrimas y presas del testigo vestido con un chándal de color azul. Estate quieto, por favor. Llegan todavía madres acompañadas de sus hijos pequeños para nadar en la piscina climatizada que es azul y huele a cloro, situada en el piso de abajo. No se atreven a llevar bolsas de piscina, en pleno invierno, como si tuvieran miedo a sacarlas por temor al frío, a lo más una mochila discreta colgada de su hombro. Roja o azul. Los reflejos iluminados de la piscina se ven a través de los vanos traslúcidos del suelo. Su luz azul que parpadea llega hasta el techo. El niño sigue patinando sobre el suelo pulido. Un país sin dolor. Siempre nos entretenemos, no vamos a llegar a tiempo a por tu hermano. Seguro que ya está esperándonos en la puerta. Con su pelo mojado bajo el gorro de lana gris.

